

Yo leo los clásicos

TOM SAWIYER

The title 'TOM SAWYER' is rendered in a large, bold, white font with a thick blue outline. The letters are slightly irregular and have a hand-drawn feel. A yellow hat with a blue brim and a small blue emblem on the side is positioned behind the letter 'Y' in 'SAWIYER'.

Las vacaciones

Basado en la novela de
Mark Twain

Adaptación de Maya Saenz

LAROUSSE



1

El comienzo de las vacaciones

Los nubarrones negros se arremolinan en el cielo de San Petersburgo. Ni siquiera ha salido el sol cuando Tom baja por las escaleras que conducen a la cocina.

—Tom, ¿qué haces levantado tan temprano?

—No es tan temprano, tía. Es el primer día de vacaciones. ¡Puedo dormir lo que yo quiera!
—replica el muchacho.

Ni el propio Tom se lo cree. «¿Me he levantado antes estando de vacaciones que cuando tengo que ir a la escuela, que siempre llego tarde?». Pero sí, es un hecho, son las cinco de la mañana. ¿Qué va a hacer a esas horas?

Al salir al jardín, se encuentra con Jim.

—¡Buenos días, Tom! ¡Hoy estás madrugador!
—dice el hombre riendo.

—¡Sí, y me aburro! ¿Te puedo acompañar al pozo a por el agua? —pregunta el chico al ver a Jim cargado de cubos.

—¡Buena idea! Vámonos.

Por el camino, Tom y Jim conversan. El pueblo está en calma. Los únicos que se ven trabajando en las casas son los esclavos.

—Siempre te enteras de cosas interesantes en el pozo. Claro, todos los esclavos del pueblo vamos a la misma hora. Ahora verás...

Y era verdad. Cuando llegan al pozo, hay un montón de mujeres y hombres negros. Por lo menos, mientras esperan que se les llenen los cubos, se entretienen charlando un rato con los demás.



—¿Sabíais que el viejo Gregory se murió anoche? ¡Decían que tenía más de 200 años! —cuenta un joven con la camisa remangada.

—¡No es posible que alguien viva tanto tiempo! —exclama Tom.

—Pues él lo consiguió —continúa el otro—. Fue gracias al aguardiente que le daban cuando era pequeño.

—Me estáis tomando el pelo —contesta Tom.

—¡Para nada! —responde una mujer—. Ese aguardiente existe y hace que puedas vivir mucho tiempo y sin enfermedades.

Por el camino de vuelta, Tom va en silencio.

—No me creo el cuento del agua milagrosa... —murmura.

—Yo sí que me creo que exista... —dice Jim pensativo.



Tom está anonadado. Él confía mucho en Jim y, si él dice que ese aguardiente mágico existe, será porque es verdad. Esta idea no se le va de la cabeza en toda la mañana. Sobre todo, cuando ve que Sid sigue en la cama casi a la hora de la comida.

—Pero ¿qué te pasa, Sid? ¿Estás enfermo?
—pregunta Tom preocupado.

—Déjame, me encuentro muy mal —responde el pequeño con las mejillas rojas y la frente ardiendo.

A Tom le encanta hacerle rabiar a su hermano, pero al final entiende que Sid no está para bromas. «Hay que avisar a tía Polly y a Mary», piensa.

Más tarde, tras la visita del doctor Mitchel, el diagnóstico es más que claro: Sid tiene paperas. Una enfermedad poco grave, pero dolorosa y, sobre todo, contagiosa.

—Tom, intenta cogerlas tú cuanto antes —le advierte el médico.

El chico está furioso. ¿Será posible que Sid le vaya a pegar la enfermedad esa del demonio nada más empezar las vacaciones?

—No te preocupes, muchacho, solo tendrás que quedarte en la cama una semana sin salir —le dice el doctor Mitchel para consolarlo.

¡Es una pesadilla para Tom! El chico, para aprovechar los últimos momentos de libertad que le quedan, decide ir a divertirse con Ben y Joe.

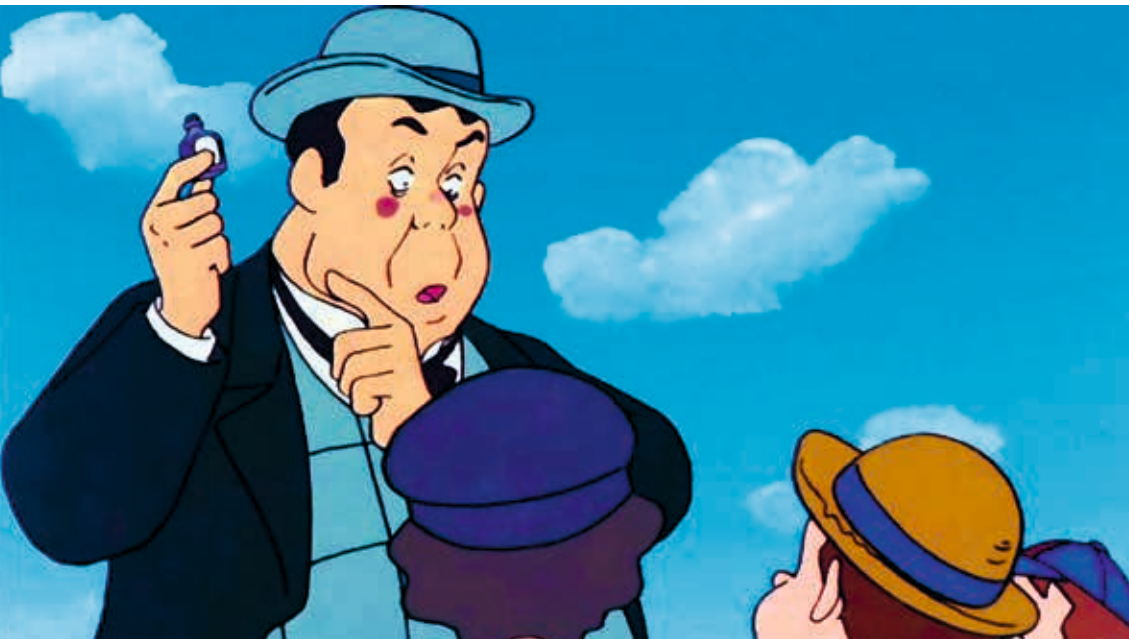
—¿Y si vamos al muelle? —propone Ben, que siempre está al tanto de todo—. Acaba de llegar un barco. Estoy seguro de que llevará algún circo o alguna orquesta a bordo.

Los chicos están entusiasmados y ponen rumbo hacia el muelle. Ben tiene razón, los pasajeros están bajándose del barco. Encaramados en lo

alto de una caja grande de madera, los chicos observan a la multitud.

—¡Mirad, chicos! ¡Allí! —exclama Tom.

El chico señala a un hombre rechoncho que va vestido de traje y sostiene un cartel. En él, se lee: «¡El aguardiente cambia vidas!». ¡Increíble! Parece que este comerciante vende el famoso aguardiente mágico del que hablaba Jim en el pozo esta mañana.



Al lado del hombre, hay un anciano. Un anciano muy, muy viejo. «Estoy seguro de que él bebe aguardiente».

Los hombres no hacen más que mirar alrededor con cierto nerviosismo. Parece que andan buscando algo. Y, de un salto, Tom se les cruza en el camino.

—Hola, señores. ¿Necesitan indicaciones? —les dice el chico mostrándoles una amplia sonrisa.

El hombre más joven se detiene y lo mira sonriendo.

—Sí, en efecto. ¿Podrías indicarme dónde queda el hotel del pueblo, pequeño?

Con mucho gusto, Tom hasta se ofrece a ayudarles a transportar la pesada maleta que llevan y aprovecha para saber más sobre el aguardiente que vende el hombre.



—¡Vendo un agua increíblemente mágica, pequeño! Mi amigo acaba de cumplir 121 años y ahí lo tienes.

Tom está maravillado. El anciano parece muy viejo. Sin embargo, camina a buen ritmo y parece estar en buena forma.

—Para comprarla, solo necesitas cinco dólares. ¡Es un chollo! Pero, te lo aviso, no habrá suficiente para todos.

Tom es presa del pánico.

—Pero, señor, lo necesito de verdad y no tengo ese dinero... —se lamenta.

—Entonces, amigo, me vas a hacer un gran favor y... a cambio, te daré un frasco de aguardiente.

A Tom le brillan los ojos mientras escucha la proposición del comerciante. La misión es sencilla: repartir, él mismo y por todo el pueblo, la altísima pila de folletos que proclaman las propiedades del agua mágica.

—¡Pero ojo! Tiene que quedar todo repartido esta noche sin falta —le recuerda el comerciante.

Tom acepta de inmediato y comienza a organizarse. Reúne a sus amigos y cada uno se lleva un paquete de folletos bajo el brazo.

Tom es muy espabilado y sus amigos, muy fieles. Los chicos se pasan el día llamando a las puertas. Y no es tarea fácil: hay muchas casas,

pero, sobre todo, el problema es que no en todas son bienvenidos.

Una mujer le cierra la puerta en las narices a Ben y el perro de otra persigue a Tom ladrándole por el camino. El médico, el doctor Mitchel, está furioso de ver que un producto como ese se está vendiendo por todo el pueblo.

Para él, no es más que un engañoso.

Por fin, al caer la noche, Tom se dirige al hotel y termina de cumplir su misión.

Orgullosamente, sube por las escaleras que conducen a la habitación del comerciante y llama a la puerta.

—¡Uy! ¡Si eres tú! —se sorprende el comerciante—. ¿Qué quieres?

—¡Vengo a por mi frasco! —exclama Tom.

—Ah, sí, es verdad, lo había olvidado. No te arrepentirás. Tómate dos gotas al día y nunca caerás enfermo.

Al día siguiente, la muchedumbre se agolpa en la plaza. ¡Los frascos de agua milagrosa se venden como caramelos!

Pese a que el comerciante y el anciano habían prometido quedarse varias semanas, desaparecen esa misma noche.

Los días pasan y el pueblo se rinde a la evidencia: el aguardiente no tiene nada de mágico. El doctor Mitchel tenía razón, ¡esos hombres eran unos charlatanes! Pero Tom no se arrepiente de haberse ganado su frasco. Fuera milagroso o no, al final no se le pegaron las pape-ras de Sid.

¡Final feliz!